

ESTADOS UNIDOS Y EL FIN DE LA GUERRA FRÍA: EN BUSCA DEL ENEMIGO PERDIDO

Alain Demanet Pastén
Escuela de Ciencia Política
Universidad Central de Chile
Santiago, Chile

El presente artículo tiene por propósito explicar los principales ejes de la política exterior post-Guerra Fría de los Estados Unidos, especialmente en lo referido a la búsqueda, identificación y (re)construcción de la imagen de un "enemigo". En efecto, se sostiene que la caída del Muro de Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética en 1991, implicaron la desaparición del enemigo "tradicional" que había dado sustento y sentido por casi medio siglo a la política exterior y de defensa de los Estados Unidos, hecho que dio paso a un periodo de transición caracterizado por una profunda desorientación e indefinición de la política exterior y de seguridad estadounidense, así como por un extendido y muchas veces desmedido optimismo.



FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE CHILE

DOCUMENTO DE FACULTAD N° 23 | AGOSTO 2015

ESTADOS UNIDOS Y EL FIN DE LA GUERRA FRÍA: EN BUSCA DEL ENEMIGO PERDIDO¹

United States and the end of the Cold War: in search of the lost enemy

Alain Demanet Pastén²
Universidad Central de Chile
Santiago, Chile
alain.demanet@gmail.com

Resumen. El presente artículo tiene por propósito explicar los principales ejes de la política exterior post-Guerra Fría de los Estados Unidos, especialmente en lo referido a la búsqueda, identificación y (re)construcción de la imagen de un “enemigo”. En efecto, se sostiene que la caída del Muro de Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética en 1991, implicaron la desaparición del enemigo “tradicional” que había dado sustento y sentido por casi medio siglo a la política exterior y de defensa de los Estados Unidos, hecho que dio paso a un periodo de transición caracterizado por una profunda desorientación e indefinición de la política exterior y de seguridad estadounidense, así como por un extendido y muchas veces desmedido optimismo. La visión triunfalista imperante en las postrimerías del siglo XX se vio socavada de manera definitiva con los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Dicho acontecimiento marca, por un lado, el final del período de transición post-Guerra Fría y, por el otro, el surgimiento de una nueva amenaza, el “terrorismo global”, con la consiguiente (re)construcción, en la lógica *schmittiana*, de la figura de un “otro” enemigo: el islam extremista y radical.

Palabras clave: Estados Unidos, política exterior, post-Guerra Fría, terrorismo internacional, eje del mal

Abstract. The aim of this article is to explain the main axes of the post-Cold War foreign policy of the USA, especially referred to the search, identification and construction of the image of an enemy. In this article, it is shown how the fall of the Berlin's Wall and the following disintegration of the Soviet

¹ El presente artículo corresponde a una investigación realizada en el marco de la cátedra Política Mundial Contemporánea, a cargo del profesor Cristián Fuentes, en la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Central de Chile, noviembre de 2010.

² Licenciado en Ciencia Política, Universidad Central de Chile. Estudiante de Magister en Estudios Internacionales, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile (IDEA-USACH).

Union in 1991, implied the disappearance of the “traditional enemy” which had gave foundation and meaning for almost half of a century to the foreign policy and defence policy of the USA. After these events, it is observed a transition period characterized by, at the same time, a profound disorientation and lack of definitions in the American foreign policy, and also a widespread and usually disproportionate optimism. However, this prevailing vision at the end of the 20th century was totally overruled by the terrorist attacks of September 11th, 2001. These attacks end the transition period after the Cold War, and show the emergence of a new threat, the “global terrorism”, which rebuild, inside of the Schmittian logic, the antagonist figure of the “other” enemy: the radical and extremist Islam”.

Key words: United States, foreign policy, post-Cold War, international terrorism, axis of evil

Fecha de recepción: 17 de julio de 2015

Versión final: 21 de agosto de 2015

“Quien vive de combatir a un enemigo, tiene
interés en que este siga con vida”.
(Nietzsche, 1996: 241)

“No es que existan enemigos porque hayan guerras,
sino que existen guerras porque hay
enemistad” (Maestre, 1994: 75)

INTRODUCCIÓN

“Vamos a hacerles el peor de los favores, los vamos a privar de enemigo” afirmaba en tono de advertencia en 1989, tras la caída del Muro de Berlín, el diplomático soviético Alexander Arbatov. La desaparición de este y la posterior desintegración de la Unión Soviética en 1991, implicó el desvanecimiento del enemigo por excelencia –no solo en el campo político, económico y militar, sino también ideológico– de los Estados Unidos y puso fin, por tanto, al sistema bipolar que caracterizó al sistema internacional durante la Guerra Fría. En efecto, el derrumbe de la Unión Soviética sumió en un profundo desconcierto a muchos diplomáticos, militares y políticos de las democracias occidentales. El enemigo “tradicional”, que había dado sustento y sentido por casi medio siglo a la política exterior y de defensa de los Estados Unidos, había desaparecido.

En su clásica definición de lo político, Carl Schmitt (1999) define al “enemigo” como aquel que amenaza nuestra existencia. El enemigo es el promotor de la amenaza, el ente donde se concentra la voluntad y la intención consciente y deliberada de perjudicarnos y/o aniquilarnos. El criterio amigo-enemigo planteado por Schmitt como una expresión de la necesidad de diferenciación, conlleva un

sentido de afirmación de sí mismo (nosotros), frente al otro (ellos). La diferencia nosotros-ellos establece un principio de oposición y complementariedad. La percepción que un grupo desarrolla de sí mismo en relación con los otros es un elemento que, al mismo tiempo que lo cohesiona, lo distingue. En última instancia, la posibilidad de reconocer al enemigo implica la identificación de un proyecto político que genera un sentimiento de pertenencia (Delgado, 2001).

En ese sentido, en torno al adversario nuclear soviético, Estados Unidos había construido la imagen de un enemigo, de un "otro" amenazador en el sentido *schmittiano*, es decir, proveniente de un adversario público y visible. Como bien constata el general francés Eric de la Maisonneuve, "el enemigo soviético tenía todas las cualidades del «buen» enemigo: sólido, constante, coherente. Militarmente se nos parecía, construido en el más puro estilo *clausewitziano*, ciertamente inquietante, pero conocido y previsible" (citado en Conesa, 2009: 35).

Con el colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, dicha visión se desvanece, generando un profundo desconcierto, así como un extendido y muchas veces desmedido optimismo, toda vez que era posible constatar la ausencia de enemigos hostiles públicos y visibles que implicaran una amenaza real a los valores e intereses estadounidenses. En palabras del sociólogo alemán Ulrich Beck, en la década del 90 "un solo Estado se proclamaba vencedor de la Guerra Fría (EE. UU.) y se encontraba sin enemigos. Pero la desaparición del enemigo no significaba que hubiese desaparecido la imagen del enemigo; al contrario, estaba en ciernes una búsqueda generalizada del enemigo perdido" (1995: 12).

La visión triunfalista imperante, en efecto, se vio socavada por los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Dicho acontecimiento marca, por un lado, el final del período de transición post-Guerra Fría y, por el otro, el surgimiento de una nueva amenaza, el "terrorismo global", con la consiguiente (re)construcción, en la lógica *schmittiana*, de la imagen de un "otro" enemigo: el islam extremista y radical.

El presente trabajo intentara esbozar, a grandes rasgos, un análisis reflexivo en torno a las cuestiones anteriormente señaladas, sosteniendo como tesis central que el derrumbe de la Unión Soviética en 1991 y el fin de la Guerra Fría implicaron la desaparición del principal enemigo de los Estados Unidos, hecho que dio paso a un periodo de transición caracterizado por una profunda desorientación e indefinición de la política exterior y de seguridad estadounidense, el que finaliza con la (re)construcción e identificación –posterior a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001– de un nuevo enemigo: el islam extremista y radical, y el "terrorismo global".

Para abordar adecuadamente desde una perspectiva teórico-práctica la temática del presente estudio, me abocaré, en primer término, a presentar de manera sintética tres visiones teóricas que intentan explicar el mundo en transición post-Guerra Fría y, de algún modo, entregar sentido a la política exterior estadounidense. Se trata del "Fin de la historia" de Francis Fukuyama, el "Choque de civilizaciones" de Samuel P. Huntington y la teoría del "Gran tablero mundial" de Zbigniew Brzezinski. Posteriormente, trataré de modo genérico la naturaleza, así como también los principales rasgos del mundo y del sistema internacional post-Guerra Fría. En el siguiente apartado, desarrollaré las principales implicancias y efectos tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, fundamentalmente en lo relativo a la guerra contra el terrorismo y al cambio originado en el concepto de seguridad nacional, que

significó “el tránsito de esta planteada sobre la base de enemigos externos declarados y amenazas evidentes, a una centrada en enemigos probables y en amenazas latentes, que pueden proceder tanto del exterior como del interior” (Carrero, 2005: 7). Finalmente, plantearé algunas reflexiones a modo de conclusión.

TRES TEORÍAS PARA UN MUNDO EN TRANSICIÓN

El fin de la Guerra Fría implicó una “transformación global” de la política internacional (Gill, 1997). El derrumbe de la Unión Soviética, y con ella de una de las mitades que garantizaba la existencia del orden mundial, dio lugar a una situación de fluidez e incertidumbre tanto en el campo de la política mundial como en el ámbito del estudio de las relaciones internacionales. La bipolaridad y su noción de equilibrio de poder, la destrucción mutua asegurada, el equilibrio del terror y la coexistencia de los bloques capitalista y comunista habían forjado un sistema sólido, con reglas relativamente establecidas y previsibles, que facilitaban la comprensión de las relaciones internacionales (Arce, 2003).

A principios de los años 90 comenzó, en consecuencia, un profuso debate sobre cuáles serían los nuevos paradigmas que sustituirían a los anteriores. El mundo había ingresado en un periodo de transición a la espera de nuevas configuraciones del orden mundial, situación de transitoriedad propia de la denominada “modernidad líquida”, concepto acuñado por el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (1999). Tres teorías que surgieron en esta etapa y que intentan explicar el mundo post-Guerra Fría y, de algún modo, entregar cierto sentido a la política exterior estadounidense fueron: el “Fin de la historia” de Francis Fukuyama, el “Choque de civilizaciones” de Samuel P. Huntington y el “Gran tablero mundial” de Zbigniew Brzezinski³.

Fukuyama se hizo mundialmente famoso al plantear su teoría en un artículo publicado en el verano de 1989 en la revista *The National Interest*, titulado *¿El fin de la historia?*, que luego, en 1992, ampliaría con la publicación de un libro. A partir de los postulados filosóficos hegelianos, el politólogo estadounidense concluye que la historia, como proceso unilineal, estaba terminada con la victoria del ideal liberal y la economía de mercado. El autor realiza una defensa de sus postulados explicando que el concepto “historia” hace referencia “al avance de la humanidad a lo largo de los siglos hacia la modernidad, caracterizada por instituciones como la democracia liberal y el capitalismo” (Fukuyama, 2002: 450). Para este académico, “la historia toma el sentido de historia de la ideología o del

³ Existen, no obstante, una variedad de teorías explicativas y paradigmas alternativos. Algunos de ellos son: la teoría de los “*Dos mundos*” que divide al planeta en zonas de paz y prosperidad, y zonas de conflicto y regresión (Carrero, 2005) del cual algunos de sus exponentes son Robert Gilpin, Jackes Attali y Jean Christophe Ruffin. Por otro lado, la llamada “*Teoría del Caos*” que sostiene “una visión de crisis y desequilibrio en los Estados, representados por conflictos étnicos, tribales, religiosos; por la consolidación de mafias internacionales por la proliferación de armas masivas” (Carrero, 2005: 9), cuyos autores son Patrick Moynahan, Michael Klare y Walter Laqueur. Un tercer enfoque corresponde al llamado “*Diálogo de Civilizaciones*”, una concepción según la cual “los pueblos toman decisiones desde una base social amplia, es decir, existe una participación común e igualitaria de abajo hacia arriba entre los distintos grupos sociales o entre los gobiernos que los representan” (Carrero, 2005: 9). La cristalización fáctica de este enfoque lo tenemos en los acuerdos sostenidos entre los países integrantes del bloque Sur-Sur, o en la llamada “Alianza de Civilizaciones” promovida por algunos líderes mundiales.

pensamiento", de modo que "el fin de la historia no significa entonces el fin de los sucesos del mundo, sino de la evolución del pensamiento humano sobre esos principios primordiales" (Carrero, 2005: 10).

La interrogante subyacente en las reflexiones de Fukuyama es el significado que tiene para la historia la crisis y el colapso del comunismo. El autor sostiene que ya no se trata de una simple coexistencia entre capitalismo y socialismo, sino de la derrota de este último y de la victoria del capitalismo y del liberalismo como sistema político. No solo ya no existen alternativas viables al capitalismo como sistema económico, sino que además se trata del triunfo de la idea occidental, que para este estadounidense es principalmente la cultura occidental de consumo.

Por ello es que 1989, para Fukuyama –al igual que lo fue 1806 después de la batalla de Jena para Hegel–, muestra el fin de la historia, en el sentido del fin de los regímenes políticos. He ahí el sentido del fin de la historia para este politólogo (1992): es el término de la historia ideológica, la universalización de la democracia liberal como forma final de gobierno humano. Se trata del triunfo de la idea, de la razón universal concretizada en el Estado capitalista. "La última fase de este proceso es la universal aceptación de la superioridad del capitalismo –es decir, la aplicación de principios liberales a la economía– sobre todas las otras formas de manejo económico" (Ortiz, 2000: 159).

En ese sentido, una serie de hechos parecían confirmar los postulados de Fukuyama. Tras la caída del Muro de Berlín en 1989 y el consiguiente colapso de los "socialismos realmente existentes", la democracia liberal y el libre mercado capitalista occidental se habían transformado en la norma a nivel global. Prueba de ello era el avance que había experimentado la democracia y el libre mercado hacia regiones no occidentales como Asia Oriental, Latinoamérica, Europa del Este, el Sur de Asia e incluso África (Fukuyama, 1992). De hecho, la India se había transformado en la mayor democracia del mundo y la República Popular China era una "economía social de mercado", un mero eufemismo que no lograba ocultar la realidad de un capitalismo en pleno desarrollo (Carrero, 2005).

Desde la perspectiva de Fukuyama, por tanto, si no existía una alternativa cultural e ideológica, que pudiese rivalizar con el sistema de valores occidental (democracia, libertad individual, libre mercado, etc.), es porque entonces "no había nada hacia lo que podíamos aspirar a avanzar: de ahí el final de la historia" (Fukuyama, 2002: 450).

Por otro lado, Samuel P. Huntington publicó un artículo durante el verano de 1993 en la conocida y prestigiosa revista *Foreign Affairs*, titulado *¿Choque de civilizaciones?*, cuya tesis central –que en su momento causaría un gran revuelo en el mundo académico– sería también posteriormente ampliada con la publicación de un libro. En palabras de Huntington, su obra:

"no pretende ser un trabajo de ciencia social. Intenta en cambio ser una interpretación de la evolución de la política global después de la Guerra Fría. Aspira a presentar un marco, un paradigma, para observar la política global que tenga sentido para los académicos y que sea útil para los políticos" (1997: 10-11).

En este sentido, y casi como denuncia contra aquellos que proclamaban "el fin de la historia y la gran globalización de los procesos sociales bajo el modelo de la democracia liberal propia de las «sociedades postindustriales»" (Jarauta, 2000: 12), Samuel Huntington sostiene que:

"La principal fuente de conflictos en este nuevo mundo no será ya ni ideológica ni económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente de conflictos predominante serán de carácter cultural. El choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de fractura entre las diversas civilizaciones serán las líneas de frente del futuro" (1997: 10).

Si para Fukuyama la pauta a nivel global es el avance experimentado por la democracia y el libre mercado hacia regiones no occidentales, para Huntington es, en cambio, la tendencia de los diversos grupos culturales a dirigirse hacia sus raíces. Desde su perspectiva, aún nos encontramos lejos de alcanzar un sistema de gobierno global o un "modelo civilizatorio único" a nivel mundial. En sus palabras:

"Lo que habrá es el choque de civilizaciones [...] entre siete u ocho identidades culturales: occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslava ortodoxa, latinoamericana y, posiblemente, la civilización africana. Los conflictos más importantes del futuro se producirán en las líneas de ruptura que separan a estas civilizaciones unas de otras" (citado en Carrero, 2005: 11-12).

Huntington acuña el concepto de "países escindidos". Por ejemplo, se refiere a Rusia como un país "que se debate entre la incorporación a Occidente o continuar como el núcleo de la civilización eslavo-ortodoxa" (Parente, 2003: 303). Según Huntington, "mientras se mantuvo la ideología comunista, enfrentada con la ideología occidental capitalista, la tendencia a la europeización quedó totalmente oculta, pero una vez que el enfrentamiento ideológico desapareció, volvió a producirse el dilema geopolítico ruso" (Parente, 2003: 303). Dicha disyuntiva se produce fundamentalmente porque los diferentes conjuntos culturales poseen una tendencia a moverse hacia sus raíces, "que si son orientales (ortodoxas) o musulmanes, no encuentran en Occidente su acomodo geopolítico" (Parente, 2003: 303). Ese es también el caso de Turquía, país que posee una raíz islámica, pero que ha demostrado en variadas ocasiones una profunda vocación occidental.

Las civilizaciones, en efecto, son entidades dotadas de sentido, que se diferencian entre sí por su historia, idioma, cultura, tradición y, lo más importante, por su religión. Si las líneas que las separan suelen no ser definidas, no por eso dejan de ser reales. Para Huntington (1997), en definitiva, las líneas de ruptura entre civilizaciones sustituyeron las fronteras políticas e ideológicas de la Guerra Fría como puntos álgidos de conflictos y derramamiento de sangre.

Zbigniew Brzezinski publicó en 1997 un sugerente ensayo bajo el título: *"El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos"*. La tesis central de Brzezinski (1998) es que, después de la Guerra Fría, terminada la confrontación bipolar, el campo internacional quedó libre para que se imponga el modelo o sistema estadounidense. El orden imperante, al menos mientras no surjan otros desafíos, es el que dicta los Estados Unidos. Además, para Brzezinski, lo característico del orden post-Guerra Fría –y que lo distingue de otras etapas de la humanidad en que hubo imperios hegemónicos– es que esta vez el orden norteamericano tiene alcance global.

La hegemonía estadounidense se sustentaría, según Brzezinski, en su supremacía en los cuatro ámbitos decisivos del poder global:

“En el militar su alcance global es inigualado; en lo económico siguen siendo la principal locomotora del crecimiento global, pese a que en algunos aspectos Japón y Alemania (que no disfrutaban del resto de los atributos del poder global) se les acercan; en el tecnológico mantienen una posición de liderazgo global en los sectores punta de innovación; y en el cultural [...] disfrutaban de un atractivo que no tiene rival, especialmente entre la juventud mundial. Todo ello da a los Estados Unidos una influencia política a la que ningún otro Estado se acerca. La combinación de los cuatro ámbitos es lo que hace de los Estados Unidos la única superpotencia global extensa” (Brzezinski, 1998: 33).

La supremacía estadounidense ha producido, por lo tanto, un nuevo orden internacional, cuyas características básicas incluyen: un sistema de seguridad colectiva (OTAN), la cooperación regional (APEC, TLC) e instituciones especializadas de cooperación global (Banco Mundial, FMI, OMC). Estos procedimientos hacen hincapié en toma de decisiones por consenso, pero liderados por Estados Unidos, con una preferencia por la participación democrática en alianzas clave y una rudimentaria estructura legal global (Ortiz, 2000).

ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO POST-GUERRA FRÍA

Aun cuando el 11 de septiembre de 2001 marca el fin de la era post-Guerra Fría, como declarara poco después el entonces ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Colin Powell, muchas de las transformaciones y desarrollos que observamos con posterioridad al “11/9” venían articulándose ya en la década pasada. El decenio que medió entre el fin de la Unión Soviética –el 25 de diciembre de 1991– y los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, podría ingresar algún día a la historia “asimilable al período que medió entre 1919 y 1939, en caso de que las páginas de la historia recojan la expresión americana de la «War» contra el terrorismo internacional” (Kreft, 2005: 156).

El colapso soviético tuvo características muy originales. Ocurrió en un breve espacio de tiempo, sin mediar una guerra interestatal u oposición organizada y sin derramamiento de sangre significativo. El derrumbe de la Unión Soviética no fue, por tanto, un proceso claro para los Estados Unidos. Como acertadamente constata Charles Kupchan:

“La inusual forma en que la URSS cayó, aunque afortunada en muchos aspectos, tenía un gran inconveniente. Estados Unidos quedó con demasiada fuerza [...] la posición de comando adoptada por EE. UU. a raíz del colapso de la URSS reforzó un triunfalismo complaciente. La URSS no abandonó la lucha, simplemente colapsó” (2002: 22).

Estados Unidos se encontraba sin peligros, sin rival, sin amenazas, frente a una oportunidad “muy superior a la de 1945, pero también mucho menos clara” (Brzezinski; 2008: 21). La disolución de la Unión Soviética implicaba un imprevisto y trascendental desafío para la política exterior norteamericana: cómo transformar la primacía recibida en una hegemonía estratégica, que en ese momento podía ser construida sin enemigos y sin desafíos claros en el horizonte.

El mundo post-Guerra Fría, en efecto, encontró a los Estados Unidos en el zenit de su poder, posicionándose, sin contrapeso alguno, en la cúspide del escenario internacional. A lo largo y a lo ancho

del mundo no había a la vista ningún rival militar ni económico capaz de hacerle contrapeso. En el campo cultural, también los Estados Unidos ejercían un poder de atracción sin igual. “La Guerra del Golfo a comienzos de la década de los noventa fue un éxito avasallante y la guerra de Kosovo contra Serbia se ganó sin tener que lamentar víctimas propias” (Kreft, 2005: 157). Estados Unidos parecía, en palabras de Joseph Nye, “no solo invencible, sino invulnerable” (2003: 9).

En 1992, los Estados Unidos representaban el 35% del gasto militar global anual. El presupuesto de defensa estadounidense era más grande que la sumatoria de los presupuestos militares de los seis países que le seguían en la lista, en orden descendente. Cuatro de dichos Estados (Alemania, Francia, Gran Bretaña y Japón) eran, además, estrechos aliados políticos y militares de los Estados Unidos (Kreft, 2005). La supremacía estadounidense en el terreno de la tecnología militar lo convertía en el único Estado capaz de llevar a cabo una operación militar de envergadura en cualquier parte del mundo y en un breve lapso de tiempo (Hobsbawm, 2007). Como señala Immanuel Wallerstein:

“Sin duda la carta más fuerte de Estados Unidos sigue siendo la militar [...] Estados Unidos cuenta con el más formidable aparato militar del mundo. Y si se han de creer las afirmaciones de nuevas tecnologías militares sin paralelo, la ventaja militar de Estados Unidos sobre el resto del mundo hoy es considerablemente mayor de lo que era hace apenas una década” (2005: 29).

Estados Unidos había emergido de la Guerra Fría en una situación caracterizada, en términos de poder, por el incremento de su peso y dominio en las cuestiones estratégicas militares hasta el punto de no tener rival en ese plano. En dicha superioridad incidía el alto grado de aplicación de tecnología de punta al ámbito militar, como se evidenció plenamente en la Primera Guerra del Golfo.

Uno de los éxitos más rutilantes de esa campaña bélica contra Saddam Husein fue el empleo de bombas guiadas y otros tipos de “armas inteligentes” (*smart weapons*) y la tecnología “furtiva” (*stealth*) encarnada particularmente en el bombardero F-117. “Estas aeronaves realizaron solo el 2% de las misiones aéreas aliadas en la Guerra del Golfo, pero fueron responsables del 40% del daño infligido a blancos estratégicos, sin sufrir ningún derribo (Bartolomé, 2006: 88).

A tal punto se evidenció en la Guerra del Golfo la superioridad militar estadounidense, sustentada en la aplicación intensiva de tecnología de punta, que esta contienda fue definida como una “guerra tecnológica” por quien comandó en ese evento las tropas aliadas, Norman Schwarzkopf (Bartolomé, 2006). Dicho salto cualitativo se tradujo en el empleo intensivo del concepto Revolución de los Asuntos Militares (RAM).

Luego de la Guerra del Golfo, RAM mediante, quedó claro que si este país decidía hacer uso de su superioridad militar, ningún Estado del orbe estaba en capacidad de vencer a Estados Unidos en un conflicto armado. En palabras de Paul Kennedy:

“La reciente Guerra del Golfo y la notable proyección de las fuerzas norteamericanas desde Kansas a Kuwait recordaron a los críticos cuán devastador y de largo alcance sigue siendo su poderío militar, por lo menos frente a los opositores de tercera división. Ha reafirmado frente a muchos la estatura de los EE. UU.” (citado en Bartolomé, 2006: 90).

En el ámbito económico, la última década del siglo XX estuvo definida por un crecimiento de la economía estadounidense sin comparación, en tanto que se desvanecía la perspectiva de un “siglo del Pacífico” y de un desafío económico japonés basado en un capitalismo más eficiente. El presidente Bill Clinton “había logrado transformar por primera vez desde 1969 la debilidad económica más evidente de los Estados Unidos, que era su enorme déficit fiscal, en superávit” (Kreft, 2005: 157). De esta forma, al inicio de la administración de George W. Bush, la contribución de EE. UU. en el producto bruto mundial había pasado de un 25% a un 30% (Kreft, 2005).

El fin de los “socialismos reales” significó el desvanecimiento de la única alternativa ideológica real de modernización capaz de rivalizar con el modelo estadounidense. El avance de los valores occidentales –definidos en términos de la democracia liberal representativa en lo político y del sistema de mercado en su versión liberal en lo económico– parecía imparable, lo que indujo a Francis Fukuyama a predecir el “fin de la historia”.

El hundimiento del sistema bipolar a principios de los noventa, en definitiva, le proporcionó a Estados Unidos un poder absoluto en el escenario mundial. En palabras del columnista neoconservador Charles Krauthammer, el desplome de la Unión Soviética dejó tras de sí un “momento unipolar”, es decir, el dominio incuestionable de Estados Unidos en el mundo (citado en Mann, 2004: 21). Para el ex ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Hubert Vedrine (2001), EE. UU. se había transformado en una “hiperpotencia”. En síntesis, “los Estados Unidos parecían haber ascendido definitivamente a la categoría de una nueva Roma: invencibles e inexpugnables” (Kreft, 2005: 158).

La posición sin parangón en la que se hallaba Estados Unidos, en cuanto país más poderoso e influyente del mundo, le generaba oportunidades a la vez que problemas. Si bien ese liderazgo era un requisito indispensable para conseguir múltiples instancias de colaboración internacional, el fin de la Guerra Fría, por contraparte, dificultaba la concreción de acuerdos de cooperación entre Washington y sus aliados en la medida que, a falta de un enemigo real compartido, dichos países tendían a proteger sus propios intereses (Lieber, 2000). Frente a una Europa que se resistía a compartir la carga de liderar el orden y la estabilidad global, a Estados Unidos no le quedaba otra alternativa que jugar el rol de “superpotencia solitaria”.

La supremacía estadounidense en el contexto de un sistema unipolar no significó, sin embargo, la adopción automática de una política unilateral. El gobierno de George Bush padre, así como la administración Clinton durante su primer periodo, asumieron cierto tipo de multilateralismo con sus aliados de Europa, Asia y América en el orden económico y de seguridad que le sirvió para resguardar sus intereses hegemónicos (Arce, 2003). La culminación de las negociaciones para la conformación de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y la ratificación de los acuerdos alcanzados en la Ronda de Uruguay, así como la coalición de fuerzas internacionales que expulsaron a Husein de Kuwait y la firma del tratado de prohibición de pruebas de armas nucleares, se desarrollaron en el marco de una política multilateral que no puso en riesgo el predominio mundial de Estados Unidos. Como sostiene el ex asesor del Departamento de Estado y analista internacional, John van Oudenaren (2004), las políticas de Bush padre y Clinton en su primer periodo reflejaron una tendencia hacia el multilateralismo, pero al servicio de la unipolaridad.

Los traumáticos eventos acontecidos el "11/9", no obstante, modificaron de manera radical la mirada de los Estados Unidos sobre sí mismos y el mundo. A fin de cuentas, dicho atentado implicó el primer ataque de gran envergadura perpetrado dentro del territorio estadounidense desde que los británicos quemaran la Casa Blanca y el Capitolio en 1814. En efecto, la política mundial en general, así como la política exterior y de seguridad estadounidense en particular, se ven condicionadas por dos fenómenos: el dominio político, económico y militar sin precedentes de los Estados Unidos y el surgimiento de un "terrorismo global" como poderoso efecto colateral de una globalización que libera fuerzas políticas, económicas y sociales que ningún Estado –tampoco los Estados Unidos– puede controlar por sí solo. Como dijera George Bush padre tras la tragedia del 11 de septiembre:

"Este reciente ataque por sorpresa debería eliminar en algunos sectores el concepto de que Estados Unidos puede, no se sabe cómo, valerse por sí mismo en la lucha contra el terrorismo, cosa también impensable en cualquier otro terreno, a decir verdad" (citado en Nye, 2003: 16).

Desde esa perspectiva, con el término de la Guerra Fría, la era de la geopolítica quedó –al menos parcialmente– superada, para dar lugar a un nuevo escenario lleno de complejidades y paradojas. En palabras de Heinrich Kreft:

"El siglo XX se vio caracterizado por la geopolítica tradicional: la seguridad de los Estados Unidos dependía fundamentalmente de impedir que la masa continental euroasiática cayera bajo dominio de una potencia europea. Los Estados Unidos alcanzaron este objetivo en forma definitiva cuando sobrevino el colapso de la Unión Soviética. Desde entonces, los Estados Unidos carecen de un adversario de igual rango. No obstante, su seguridad continúa masivamente amenazada, tal como demostraron los ataques perpetrados en Nueva York y Washington" (2005: 155-156).

LOS ATENTADOS TERRORISTAS DEL 11 DE SEPTIEMBRE 2001: EL NUEVO ENEMIGO TERRORISTA Y LA RENOVADA ESTRATEGIA DE SEGURIDAD NACIONAL

El primer periodo presidencial de George W. Bush estuvo marcado por los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra el *World Trade Center* en Nueva York y el Pentágono en Washington. Ambos atentados condujeron a un cambio fundamental de los paradigmas de la política exterior y de seguridad estadounidense imperantes hasta ese momento. De hecho, los eventos de ese día cerraron el periodo de transición de los años 90, que podríamos llamar como "de entreguerras" (la Guerra Fría y la Guerra Global Contra el Terrorismo), para abrir una nueva etapa en las relaciones internacionales.

Desde dicha perspectiva, mientras la Guerra Fría se caracterizaba por el duelo permanente e indirecto entre dos superpotencias, con un fuerte armamento convencional y nuclear, y con bloques de influencia institucionalizados afines a sus intereses y a su visión ideológica, el nuevo enfrentamiento abierto tras los eventos acontecidos el "11/9" corresponde a uno de tipo asimétrico, una "guerra gris", sin fronteras, ejércitos o reglas (Kreft, 2005). En dicha conflagración,

"están enfrentados los Estados Unidos, léase también Occidente, con un elevado nivel de armamento y un adversario que solo es conocido y localizable en términos muy difusos. Sus fortalezas nacen de las debilidades de Occidente y de sus sociedades abiertas. Apunta a su destrucción y no dudaría en emplear armas de destrucción masiva si tuviera acceso a ellas" (Kreft, 2005: 158).

Muchos vieron en los ataques terroristas del "11/9" la confirmación definitiva de los postulados de Huntington, en cuanto los autores del mayor atentado terrorista del presente siglo eran extremistas islámicos de la red Al Qaeda, adscrita a la corriente islámica radical (Carrero, 2005). Huntington sostiene que el supuesto vacío de alternativas ideológicas, que caracteriza el periodo en transición posterior a la Guerra Fría, no se trata de un tiempo pacífico y sin rupturas, ya que "al desaparecer la división ideológica de Europa, reapareció la división cultural entre cristianismo occidental por una parte y cristianismo ortodoxo e islam por la otra" (Huntington, 1997: 6).

El "11/9" puede ser entendido, en última instancia, como un impulso –otros dirían un "resurgir"– de lo religioso como factor primordial en la política internacional, frente al vaciamiento de contenidos producido por el desvanecimiento de las ideologías tras el fin de la Guerra Fría. Como señala Ricaurte Carrero, "es posible que los problemas de religión sean el *leitmotiv* histórico de futuras disputas interculturales, pero también un regreso histórico a problemas que parecían superados" (2005: 16). Para algunos académicos, de hecho, el discurso oficial del gobierno de George W. Bush durante su primer mandato, se inscribe en la nueva tendencia religiosa antes mencionada, en cuanto al uso de un lenguaje claramente influenciado por doctrinas y dogmas cristianos –que consolidó una especie de ideología– para dotar de una aparente legitimidad a la política exterior estadounidense (Moreno, 2008)⁴.

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 refutaron los planteamientos de Fukuyama. El nuevo desafío de Occidente no proviene de un proyecto alternativo ideológico o modernizador, sino más bien de su terminante rechazo en nombre de una religión radicalizada. Los atentados terroristas fueron consecuencia de las profundas transformaciones generadas, en buena medida, por la globalización. La revolución tecnológica en los campos de la información y la comunicación derivaron en un desplazamiento duradero de poder de los Estados y gobiernos hacia individuos y agrupaciones no estatales (Kreft, 2005). La globalización impulsó y promovió la privatización del poder, en donde el terrorismo no es más que una manera de privatizar la guerra (Nye, 2003). Al respecto, Immanuel Wallerstein afirma que:

"los ataques del 11 de septiembre de 2001, plantearon un desafío mayor al poder estadounidense. Los responsables no representaban a una gran potencia militar. Eran miembros de una fuerza no estatal, con un alto grado de determinación, algo de dinero, una banda de seguidores dedicados y una base sólida en un Estado débil" (2005: 35).

En palabras de Hobsbawm, "la denominada «guerra asimétrica» a la que se alude en los debates estratégicos norteamericanos [...] se refiere precisamente a estos grupos armados no estatales que son

⁴ Bertrand Badie (2003) sostiene que el discurso de la administración Bush tenía una clara orientación mesiánica al hacer una radical distinción entre Estados Unidos (el "bueno", con Dios de su lado) y los "malos". En tal sentido, la lucha emprendida por los Estados Unidos contra el denominado "eje del mal" confirmaba su "fidelidad a una visión mesiánica y moralista del orden internacional" (Badie, 2003: 32).

capaces de hacer frente casi indefinidamente al poder doméstico y a las potencias internacionales" (2007: 87).

Aunque la superioridad militar de los Estados Unidos no tenía parangón histórico, no estuvieron, ni están –como han demostrado los hechos– en condiciones de disuadir a cabalidad un eventual ataque terrorista en su contra. Como señala Heinrich Kreft:

"En la lucha con el terror no existe un equilibrio del horror. Los terroristas vuelven los instrumentos de la sociedad abierta en su contra y han podido destruir con una alta eficiencia logística el World Trade Center y parte del Pentágono como símbolos del poder americano y occidental" (2005: 159).

Se ha desvanecido, por tanto, el mito de la invulnerabilidad estadounidense. En ese sentido, a pesar de que la amenaza terrorista no era nueva, nadie logro pronosticar el "terrorismo catastrófico" tal como se manifestaría. La administración Clinton había incrementado sensiblemente los recursos presupuestarios destinados a combatir el terrorismo como reacción a toda una serie de atentados contra instalaciones norteamericanas. Esta serie comenzó con el ataque con coche bomba en los estacionamiento del *World Trade Center* en 1993, continuó luego con el asalto a instalaciones militares norteamericanas en Arabia Saudita, las embajadas de los Estados Unidos en Kenia y Tanzania⁵ y, finalmente, al buque de guerra estadounidense *USS Cole* en el puerto de Aden (Yemen) en 2000. En todos estos ataques, y en algunos otros frustrados, las huellas llevaban, en forma directa o al menos indirecta, a Osama bin Laden y a su red de terroristas Al Qaeda (Kreft, 2005).

La mayoría de los funcionarios dentro de la administración Bush llegó a la conclusión de que lo que había alentado al enemigo terrorista a cometer ataques de mayor envergadura dentro de los Estados Unidos había sido la creciente debilidad americana. La estrategia que se desplegó como respuesta consistía en "llevar el combate hacia el enemigo". El entonces presidente Bush dejó en claro que también serían blanco de las acciones aquellos Estados que ofrecían apoyo a los terroristas: "No haremos distinción entre los terroristas que cometieron estos actos y aquellos quienes le dan refugio" (citado en Kreft, 2005: 160). George W. Bush, en tal sentido, estableció claramente que en esta nueva guerra no había lugar para la neutralidad. De esta forma, llegó a declarar que "cada país, en cada región, deberá decidir ahora. O está con nosotros o está con los terroristas" (citado en Kreft, 2005: 159). Este credo sería conocido como "Doctrina Bush".

La amenaza terrorista, según dicha doctrina, exigía introducir la noción de "guerra perpetua", que diluye la distinción entre guerra y paz, y militariza la política internacional (Arce, 2003). La modificación que esa nueva realidad introdujo en el "*Ius ad bellum*" fue importante. A partir de la "Doctrina Bush" se reinterpretan los principios de la Carta de Naciones Unidas –al utilizarse nuevas ideas sobre lo que constituye un ataque armado, la legítima defensa y la responsabilidad de los Estados por lo que acontece al interior de sus fronteras– (Rattner, 2002). La superación de lo internacional hacia lo global posibilita una guerra planetaria ilimitada en el tiempo y el espacio, en la que la guerra y el uso de la fuerza suceden en la periferia del sistema. Es un conflicto asimétrico y no convencional, en el cual se necesita inteligencia anticipatoria y medios humanos más reducidos pero mucho más tecnológicos.

⁵ El presidente Clinton ordenó en represalia el ataque contra diversos objetivos en Sudán y Afganistán.

En ese contexto, el régimen talibán se convirtió rápidamente en el primer objetivo de la nueva “guerra gris” contra el terrorismo internacional. Antes de que Osama bin Laden pudiera reivindicar los ataques, él y su red terrorista Al Qaeda fueron sindicados como los culpables. Y dado que se sabía que Bin Laden se encontraba en Afganistán, este país quedó directamente en la mira de una posible acción militar. En efecto, el 17 de septiembre de 2001, el presidente Bush dio órdenes de elaborar un plan para iniciar acciones militares contra el régimen afgano, ya que, desde su perspectiva, “no hay lugar para la inactividad en esta guerra” (citado en Kreft, 2005: 161). Tres días más tarde, George W. Bush expuso su estrategia ante el Congreso norteamericano planteándole un ultimátum al Gobierno talibán. Ciertamente, los talibanes hicieron caso omiso a la advertencia y, por tanto, el 7 de octubre de 2001 se iniciaron los primeros ataques contra Afganistán. Heinrich Kreft (2005) sostiene que la intervención militar perseguía, en principio, tres objetivos fundamentales: la detención o eliminación de la conducción del grupo terrorista Al Qaeda, la destrucción de la infraestructura terrorista en Afganistán y la caída del régimen talibán.

La guerra de Afganistán vino a reafirmar, al interior de la administración Bush, la extendida idea de que un ataque ofensivo contra el terrorismo global sería, en última instancia, la mejor defensa contra el mismo. Por otro lado, también implicó revalidar la tesis defendida por los “halcones” neoconservadores, quienes sostenían que el problema del terrorismo era esencialmente un problema de conducta estatal y que, por tanto, en última instancia, debía ser combatido procediendo contra los Estados. Ese fue el caso de Afganistán, donde

“el ultimátum dirigido al Gobierno talibán de entregar a los terroristas de Al Qaeda y la negativa de este determinó finalmente la caída del régimen. Sin embargo, su derrocamiento no permitió eliminar la amenaza de la red terrorista Al Qaeda contra los EE. UU.” (Kreft, 2005: 161).

La administración Bush centró su discurso en el llamado “eje del mal” y en la denominada “guerra preventiva”. En este sentido, en su “Discurso del estado de la Unión” en enero de 2002, el Presidente argumentó “que la amenaza contra los Estados Unidos no provenía solo de los terroristas, sino, igualmente, de los llamados «Estados rufianes» (Rogue States), que se esforzaban por poseer armas de destrucción masiva” (citado en Kreft, 2005: 163). Declaró, además, que Estados como Irán, Irak, Corea del Norte y sus aliados terroristas “constituyen un «eje del mal» que intenta amenazar la paz del mundo. Al buscar armas de destrucción masiva, estos regímenes constituyen una amenaza grave y creciente. Podrían proveer estas armas a terroristas dándoles los recursos que requiere su odio” (citado en Kreft, 2005: 163).

A partir de ese momento, los “Estados rufianes” o “canallas” se convirtieron en el eje de la amenaza posterior al 11 de septiembre. Así, el “cambio de régimen” en dichos Estados se transformó, entonces, en el objetivo lógico de la política exterior y de seguridad de los Estados Unidos. Según esto, tal como señala Kreft:

“para enfrentar la nueva amenaza apocalíptica, los Estados Unidos debían estar dispuestos a actuar militarmente contra un régimen, para anticiparse así a un posible ataque. Este concepto se plasmó finalmente en la Estrategia de Seguridad Nacional, presentada en septiembre de 2002” (2005: 163).

La Estrategia de Seguridad Nacional sostiene que:

*"dados los objetivos de los Estados rufianes y de los terroristas, los Estados Unidos no pueden seguir basándose únicamente en una postura reactiva como lo hicimos en el pasado. La inhabilidad para disuadir a un atacante potencial, la inmediatez de las amenazas actuales y la magnitud del daño potencial que podría ser causado en razón de las armas que pueden elegir nuestros adversarios no permiten esa opción. No podemos permitir que nuestros enemigos ataquen primero"*⁶.

Dicha estrategia estadounidense consagró, además, el unilateralismo norteamericano. Si bien es cierto que la administración de George W. Bush mostró, desde un principio, una profunda desconfianza respecto a una posible política multilateral, tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 dicha suspicacia indudablemente se acrecentó. En efecto, Estados Unidos, durante el gobierno de Bush, se retiró de una serie de tratados internacionales, negándose a firmar el Protocolo de Kyoto que controla las políticas de medio ambiente, el Tratado Antimisiles Balísticos, la Convención de Armas Biológicas y se negó a ratificar el Tratado de Roma que da origen a la Corte Penal Internacional, abocándose, de ese modo, hacia una política unilateral que buscaba resguardar el sistema mundial unipolar.

La nueva fórmula resultante fue el denominado "internacionalismo a la carta" (Spiro, 2000) o, en palabras del ex jefe de Planeamiento en el Departamento de Estado, Richard Haas, "multilateralismo a la carta", es decir, la política según la cual Estados Unidos puede adherir a las convenciones internacionales y leyes que sirven a sus propósitos y rechazar aquellas que no se ajustan a sus intereses. Esta nueva perspectiva significaba, en la práctica, cooperación solo donde fuera necesaria y no como durante la administración Clinton: siempre que fuera posible.

El discurso del "eje del mal" de la administración Bush, así como también la posterior Estrategia de Seguridad Nacional que estableció la prevención como nuevo concepto estratégico, representaron un punto de inflexión y distanciamiento respecto a los principios de contención y disuasión que tradicionalmente habían guiado la política exterior y de seguridad de los Estados Unidos (Kreft, 2005). Bush declaró que "después del 11 de septiembre, la doctrina de contención carece de todo fundamento" (citado en Kreft, 2005: 164).

En tal sentido, Irak fue sindicado desde un principio como parte del llamado "eje del mal". La caída del régimen liderado por Sadam Husein se convirtió en un objetivo primordial para el Gobierno estadounidense, a pesar de que Corea del Norte e Irán estaban mucho más avanzados en sus respectivos programas nucleares (Kreft, 2005). Bajo el argumento de que la posesión de armas de destrucción masiva y la supuesta relación de Husein con la red terrorista Al Qaeda constituían una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos, la administración Bush inició las acciones militares contra Irak en marzo de 2003, pese a no contar con la aprobación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

En el plano militar, la victoria estadounidense fue convincente, y la caída de Husein se logró en forma sorprendentemente rápida. No obstante, el verdadero desafío para los Estados Unidos y sus

⁶ *National Security Strategy of the United States*, Sept. 2002, p. 15. Disponible en: <http://www.state.gov/documents/organization/63562.pdf>

aliados comenzó una vez que el presidente Bush proclamara el 1 de mayo de 2003 –a bordo del portaaviones *USS Abraham Lincoln*– el “misión cumplida” y declarara finalizadas las acciones bélicas. Las complicaciones en Irak reabrieron el debate sobre las alternativas a la hegemonía de los Estados Unidos y su papel global, así como el modo de hacer compatibles sus intereses nacionales con un mayor compromiso con la gobernabilidad mundial (Ruiz, 2011). Apareció así una tendencia hacia una gran estrategia basada en la denominada “seguridad cooperativa”, una variante del multilateralismo que buscaba hacer un uso coordinado de todos los elementos del poder nacional estadounidense, desechando tanto una impracticable primacía como un inadecuado aislacionismo.

En definitiva, la ausencia de una amenaza externa clara y visible a la seguridad nacional después del fin de la Guerra Fría, había dificultado desarrollar un marco de política exterior que pudiera ser útil para generar un consenso entre las distintas fuerzas políticas al interior de Estados Unidos (Griffin, 1996). Con peligros vagos y distantes más que claros y presentes, no era posible esperar ninguna estrategia coherente y orientada en dicho periodo (Gaddis, 2001). El 11 de septiembre de 2001, en ese sentido, abrió un enfrentamiento de carácter global comparable a la Guerra Fría (analogía empleada por el propio Bush)⁷, que transformó en un desafío estratégico la lucha contra el terrorismo global, restituyéndole el “sentido” a la política exterior y de seguridad de los Estados Unidos. Los acontecimientos del “11/9”, como señala Heinrich Kreft, “le han devuelto a la política exterior y de seguridad norteamericana una dirección clara y una «misión»: la lucha contra el terrorismo internacional” (2005: 159).

CONSIDERACIONES FINALES A MODO DE CONCLUSIÓN

La caída del Muro de Berlín en 1989 y la posterior desintegración de la Unión Soviética en 1991, sumió en un profundo desconcierto a los líderes occidentales. El enemigo por excelencia, que había dado sustento y sentido por casi medio siglo a la política exterior y de defensa de los Estados Unidos, se había desmoronado y, en su caída, había arrastrado consigo al sistema bipolar, con todas sus reglas relativamente previsibles que facilitaban la comprensión de la política internacional.

En ese contexto de paz aparente, estabilidad relativa y riesgos emergentes, las tres visiones teóricas del mundo post-Guerra Fría descritas en el presente trabajo –el “Fin de la historia” de Francis Fukuyama, el “Choque de civilizaciones” de Samuel P. Huntington y la teoría del “Gran tablero mundial” de Zbigniew Brzezinski– representan un intento de recrear las cómodas certezas del mundo bipolar con el fin de brindarle un marco interpretativo a la política exterior y de seguridad estadounidense.

El fin de la Guerra Fría acarreó dos grandes asuntos. Una primera cuestión de orden sistémico estructural y una segunda de índole política. Con respecto a la primera, se debe señalar que el sistema bipolar diseñado y legitimado en la Conferencia de Yalta desapareció definitivamente tras el colapso soviético. Respecto a la segunda cuestión, sobre la amenaza o el uso de la fuerza como instrumento

⁷ “La actual Guerra Contra el Terror es igual que la Guerra Fría. Es una pugna ideológica con un enemigo que desprecia la libertad y persigue fines totalitarios [...] Como en la Guerra Fría, América está de nuevo respondiendo a la llamada de la historia con confianza, y como en la Guerra Fría, la libertad prevalecerá” (citado en Ruiz, 2011: 2).

político, la misma siguió vigente. En efecto, el fin de la Guerra Fría no significó de modo alguno el fin de la guerra.

La década del 90 estuvo lejos de ser la paz que pareció anunciar el fin de la Guerra Fría. Por el contrario, se trató de una época de rápida expansión y transformación de los conflictos que hizo que se hablara de “nuevas guerras” (Kaldor, 1997). La guerra entre Estados se había reducido, pero habían emergido nuevos conflictos de baja intensidad y de larga duración en la periferia del sistema, que enfrentaba intereses difusos y cambiantes. En ese contexto, Estados Unidos se presentaba a sí mismo –en cuanto potencia vencedora de la Guerra Fría– como el único garante de una nueva situación calificada como de “paz caliente”.

La superioridad militar norteamericana, RAM mediante, fue para muchos una señal inequívoca de la unipolaridad del sistema internacional y del inicio de un periodo de hegemonía estadounidense. Otros, por el contrario, opinaron que la unipolaridad de los Estados Unidos se restringía únicamente al campo militar, mientras que en el plano de los poderes blandos se asistía a una incipiente multipolaridad.

Esta singular mezcla de unipolarismo y multipolarismo fue resumida por Huntington en la idea del “unimultipolarismo”, que hace referencia a ciertas limitaciones del accionar internacional de los Estados Unidos que, en determinadas circunstancias, le dificultarían la imposición de su voluntad a otros y la obtención de resultados acordes a sus preferencias. Prueba de ello serían los ataques del 11 de septiembre de 2001 y sus hechos posteriores, que han puesto en evidencia que los Estados Unidos no pueden encarar en soledad la lucha contra el terrorismo internacional a nivel global, ni pueden lanzar operaciones militares dondequiera, sin alinear tras de sí a otras naciones que le garanticen la cooperación necesaria para ganar la paz. En efecto, no se debe confundir la primacía o preponderancia de los Estados Unidos a nivel mundial con una pretendida y supuesta omnipotencia.

La tragedia del 11 de septiembre fue, por tanto, una llamada de atención para los estadounidenses. La peligrosa ilusión de un poder invencible e invulnerable demostró ser no más que eso, una ilusión. El “11/9” dejó claro que la amplia superioridad mundial que ostentaba Estados Unidos con posterioridad a la Guerra Fría, especialmente en el ámbito militar, no sería suficiente para protegerlo de atentados terroristas, dejando al desnudo las limitaciones de su primacía.

La visión triunfalista post-Guerra Fría se vio, en consecuencia, socavada por los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Dicho acontecimiento marca, por un lado, un punto de inflexión que pone término al periodo de fluidez y redefinición de los años 90 –que podríamos denominar como periodo de transición o de “entreguerras” (la Guerra Fría y la Guerra Global Contra el Terrorismo)– y, por otro lado, implica el surgimiento de una nueva amenaza: el “terrorismo global”, con la consiguiente (re)construcción, en la lógica schmittiana, de la imagen de un “otro” enemigo: el islam extremista y radical.

El 11 de septiembre de 2001 abrió un enfrentamiento de carácter global de tipo asimétrico, una “guerra gris” contra enemigos probables y amenazas latentes, sin fronteras, ejércitos o reglas, que transformó en un desafío estratégico la lucha contra el terrorismo internacional, restituyéndole, de ese modo, el “sentido” a la política exterior y de seguridad de los Estados Unidos.

En última instancia, los hechos que se suceden a partir del "11/9" le han brindado a los Estados Unidos la justificación necesaria y el punto de partida para llevar adelante las premisas de su "nuevo orden imperial". El terrorismo y la amenaza global que este supone (oportunidad) fueron utilizados para justificar el despliegue de su poder militar, inalcanzable por ningún otro Estado o bloque de Estados (capacidad), evidenciando que no existe freno diplomático alguno para la consecución de sus intereses (voluntad hegemónica). Como sugiere James Kurth (2002), si el "imperio (norte)americano" no se expresó con anterioridad al "11/9", fue más por falta de voluntad política que por carencia de atributos imperiales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARCE, A. (2003). *La gobernabilidad internacional y el comportamiento de los EE. UU.* Desarrollo Humano e Institucional en América Latina (DHIAL), n° 46, Barcelona.
- BADIE, B. (2003). *Un año después del 11 de septiembre.* En *El estado del mundo: Anuario económico geopolítico mundial*, Madrid: Ediciones Akal.
- BARTOLOMÉ, M. (2006). *La seguridad internacional post 11S: Contenidos, debates y tendencias*, Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- BAUMAN, Z. (1999). *Modernidad líquida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. (1995). *La democracia y sus enemigos. Textos escogidos*, Barcelona: Editorial Paidós.
- BRZEZINSKI, Z. (1998). *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona: Editorial Paidós.
- _____. (2008). *Tres presidentes: La segunda oportunidad para la gran superpotencia americana*, Barcelona: Editorial Paidós.
- CARRERO, R. (2005). *11 de septiembre de 2001: Visiones y lecturas en el análisis internacional*, Memoria de Grado para optar al título de Licenciado en Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Historia, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela.
- CONES, P. (2009). *La fabrication de l'ennemi: Réflexions sur un processus stratégique*, n° 76, abril, 35-44.
- DELGADO, M. (2001). *El criterio amigo-enemigo en Carl Schmitt: El concepto de lo político como una noción ubicua y desterritorializada*, Cuaderno de Materiales, N° 14, Madrid: Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense.
- FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona: Editorial Planeta.
- _____. (2002). *Seguimos en el fin de la historia*, Revista Educere: Controversia, Año 5, n° 16, enero-marzo, Mérida, Venezuela, 450-452.
- GADDIS, J. L. (2001). *On leadership and listening*, Hoover Digest, n° 4, Stanford University: Hoover Institution.
- GILL, S. (1997). *Transformation and innovation in world order.* En Gill, S. y Mittelman, J., *Innovation and transformation in International Studies*, Cambridge: Cambridge University Press.
- GRIFFIN, P. (1996). *Congress: Partisan but not isolationist*, U.S. Foreign Policy Agenda, Vol. 1, n° 9, Julio.
- HOBBSBAWM, E. (2007). *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona: Editorial Crítica.

- HUNTINGTON, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona: Editorial Paidós.
- JARAUTA, F. (2000). *Mundialización y conflictos civilizatorios*, Cuadernos del Estero: Revista de Estudios e Investigación, n° 15, 9-18.
- KALDOR, M. (2001). *Las nuevas guerras: Violencia organizada en la era global*, Barcelona: Tusquets.
- KREFT, H. (2005). *La política exterior de George W. Bush: ¿Más de lo mismo en el segundo mandato?* Diálogo Político, Vol. 22, n° 3, Buenos Aires, 155-174.
- KUPCHAN, C. (2002). *Hollow hegemony or Stable Multipolarity*. En Ikenberry, J. G. (ed.), *America Unrivaled: The Future of the Balance of Power*, Cornell University Press, Ithaca and London, 68-97.
- KURTH, J. (2002). *Confronting the Unipolar Moment: The American Empire and Islamic Terrorism*, Current History, n° 101, December, 403-408.
- LIEBER, R. J. (2000). *Desafíos en política exterior para la administración Bush*, Agenda de la Política Exterior de los Estados Unidos de América, Vol. 6, n° 1, marzo.
- MAESTRE, A. (1994). *El poder en vilo*, Madrid: Editorial Tecnos.
- MANN, M. (2004). *El imperio incoherente: Estados Unidos y el nuevo orden internacional*, Barcelona: Editorial Paidós.
- MORENO, G. (2008). *Uso del lenguaje religioso para la justificación de una política exterior: El caso de los discursos del presidente George W. Bush sobre la intervención militar en Iraq*, Monografía de Grado para optar al título de Internacionalista, Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá.
- NIETZSCHE, F. (1996). *Humano, demasiado humano: Un libro para espíritus libres*, Vol. I, Madrid: Ediciones Akal.
- NYE, J. (2003). *La paradoja del poder norteamericano*, Madrid: Editorial Taurus.
- ORTIZ, E. (2000). *El estudio de las relaciones internacionales*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- PARENTE, G. (2003). *Evolución crítica del espectro del conflicto durante la segunda mitad del siglo XX y sus consecuencias para el nuevo orden mundial*, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Departamento de Sociología III, Universidad Complutense de Madrid.
- RATNER, S. R. (2002). *Ius ad Bellum and Ius in Bello after September 11*, The American Journal of International Law, Vol. 96, n° 4, October, 905-921.
- RUIZ, F. (2011). *Tendencias y dilemas internacionales tras el 11-S de 2001: ¿Un sistema internacional en transición?*, Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), septiembre.
- SCHMITT, C. (1999). *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza Editorial.
- SPIRO, P. (2000). *The new sovereigntists: American exceptionalism and its false prophets*, Foreign Affairs, Vol. 79, n° 6, noviembre-diciembre, 9-15.
- VAN OUDENAREN, J. (2004). *Unipolar Versus Unilateral*, Policy Review, n° 124 (April-May), 63-74.
- VÉDRINE, H. y MOISI, D. (2001). *France in an Age of Globalization*, Washington: Brookings Institution Press.
- WALLERSTEIN, I. (2005). *La decadencia del poder estadounidense: Estados Unidos en un mundo caótico*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.